

DANIEL COSIO VILLEGAS

Por JUAN ALMONTE

A caza de sujetos para una serie de entrevistas, elegí a Daniel Cosío Villegas para iniciarla. Razón: a la temprana edad de 52 años, aparece esta semana, editado por Hermes, su primer libro histórico. Presenta que hasta varón ta nadusto podría parecerse a la mujer que tiene su primera criatura a una edad semejante.

El asunto comenzó a complicarse bien pronto. Don Daniel acude todas las mañanas "laborables" a Correo Mayor 31, segundo piso, a un salón próximo a la biblioteca histórica de la Secretaría de Hacienda. Ahí se pone diariamente al frente de sus "huestes", que investigan y redactan, desde hace seis años una "Historia Moderna de México", en seis volúmenes y de 3,000 páginas. Yo también trabajo en Hacienda; pero mi oficina da al Zócalo, y mi jefe, un analfabeto ensobrecido, ha resuelto secundar la cruzada presidencial de austeridad prohibiendo a sus subordinados abandonar los escritorios como no sea para atender a necesidades apremiantes y comprobables. Decirle que quería robar a mi trabajo media hora para entrevistar a un intelectual, hubiera sido firmar mi sentencia de muerte.

La Providencia vino entonces en mi ayuda: mi jefe cayó enfermo y la oficina toda declaró una fiesta nacional; aprovechando el ruido y el desorden, me escapé a Correo Mayor. Don Daniel no estaba, había salido a una casa "amarilla" y era muy improbable su regreso en toda la mañana. Quise, por lo menos, percibir el ambiente de su trabajo: el salón recibe toda su luz de un tragaluz pequeño y alto; sin embargo, la capta tan mañosamente, que en ese momento caía en pleno rostro de una muchacha de barba desafiante, empeñada en tajarla levantando un enorme volumen; lo hacía con dificultad, con la ayuda de una sola mano, pues con la otra pretendía garabatear algunas notas. A la izquierda está otra mujer, sentada en otra silla y frente a otra mesa; la distinguen unos anteojos de forma y material anticuados; el armazón era de plomo y los gruesos cristales grisáceos.

Siete mujeres más había ante sendas mesas, y sólo tres varones, perdidos entre aquel ejército femenino y entre mesas, armarios, papeles, libros, ficheros, mapas, estantes, máquinas de escribir, escupideras y cestos de desecho. Aquello tenía todo el aspecto de una fábrica intelectual: alcé instintivamente la vista con la certeza de toparme con la alta y humeante chimenea; mis oídos estaban oyendo ya el agudo silbato que anuncia la entrada o salida de los operarios; buscaba, seguro de encontrar, huellas de grasa o de aceite, de algún combustible conocido. Nada de esto había, y, sin embargo, no se borraba la impresión de fábrica. Por lo menos averigué la dirección particular de don Daniel, además de dárseme la seguridad de que lo hallaría en ella cualquier tarde y a cualquier hora. Cuando lo tuve frente a mí, le disparé, airado, la primera pregunta:

—Maestro: ¿qué se siente al tener en la mano y acariciar con la vista el primer ejemplar de un libro escrito por uno mismo?

La caminata para llegar a aquella casa había sido muy larga; de hecho, debía haberla presentado, pues no puede quedar cerca de nada un lugar con una dirección que más parece letanía: "segunda calle cerrada de la Frontera, número siete, Villa Obregón, antes San Ángel". Una hora de tranvía para llegar a la plaza de San Jacinto; diez minutos más para averiguar de unos ebrios dónde no estaba la calle de Frontera, diez para dar con ella, diez para llegar al número 7, y... ¡quince minutos finales tocando el timbre de la verja! Don Daniel, quien acude en persona a abrirme, me explica: para llamar, hay dos medios; un timbre eléctrico, que todo visitante ve y que nadie escucha en casa, y un tenue alambre que tira del badajo de una campana, alambre que nadie ve y campana que todo el mundo escucha. Tira del alambre y, en efecto, rompe el silencio un precioso timbre metálico de campana añeja; oprime el botón, y no se escucha zumbido alguno.

La casa es una verdadera morada. A unos pasos de la verja, una fuente antigua de cantera; tras ella, dos enormes cedros rojos que deben andar cerca del centenario; después, una pelouse muy bien cuidada; más césped, más árboles, algunas flores, y paz, quietud, denso silencio que desciende del cielo distante. No sé cómo será el interior de aquella morada, pues bien pronto don Daniel me lleva a lo que debo imaginar que es su estudio: un cuarto pequeño, con dos ventanas pequeñas y las cuatro paredes tapizadas, del suelo al techo, de estanterías con libros. (Y, sin embargo, me digo, aquí no debe haber más de 3,000 volúmenes.)

Hay también una pequeña mesa con una máquina de escribir pequeña; tres o cuatro sillas no muy singulares; un ancho y cómodo sillón afelpado y una mesa antigua de trabajo, con gavetas abiertas y un aire de incomodidad inconfundible; sobre ella, en la gaveta más alta, desplegados en fila, más de veinte diccionarios de toda especie. (Mala señal, comento, mientras los veo con disimulo.)

—Usted —me dice con una viveza inesperada— me toma por una mujer que pare su primer hijo a los cincuenta. Mi primer libro apareció cuando tenía veintidós años; lo siguió, si bien a intervalos muy irregulares, una docena más. Verá usted si, a estas alturas, el placer de acariciar este tomo puede ser enteramente virginal. Don Daniel

me tiende el libro; su título, en letras blancas muy visibles, es un poco largo: "Porfirio Díaz en la Revuelta de La Noria"; lo ilustra un dibujo de un Porfirio Díaz desconocido, tal es su juventud, los acentuados rasgos indígenas de su rostro y la mirada de rara, distante penetración. Lo hojeo un poco mientras preparo mi siguiente pregunta; pronto tropiezo con esta confesión: "...mi afición a la Historia ha sido reciente y tardía". La imagen de la cincuentona con su primer hijo vuelve a mi cabeza y disparo de nuevo:

—De todos modos, don Daniel, este es su primer hijo histórico, y usted mismo dice aquí que su ayuntamiento con la Historia ha sido tardío.

Don Daniel me había cedido su gran asiento afelpado, sobre cuyos brazos tendí una madera ligera para apoyarme en ella y escribir mis notas. Saqué papel y lápiz, pero poco apunté; frente a mí estaba la presa, sentada en una silla escualida que no podía permitirle afirmaciones muy rotundas. Sabiéndolo, mientras tomaba un cigarrillo que me ofreció, comencé a mirar los estantes: en el más lejano localicé los colores acaramelados de los "Breviarios del Fondo de Cultura", y los más vivos, pero no más agradables, de la colección "Contemporáneos", de Lozada (aquí no hay libros muy sustanciosos que digamos, comencé a temer); el antiguo salmón, hoy pálido amarillo, de la "Enciclopedia de Ciencias Sociales", y no muy distante el verde esmeralda de los doce tomos de la "Historia Moderna", de Cambridge (principian los platos fuertes, me corregí en seguida.)

—Sí, en ello lleva usted la razón (¿por qué "lleva" y no "tiene"?), escuché de pronto, interrumpiendo mi avalúo de la biblioteca. Al acabar el Gobierno de Cárdenas y principiar el reinado de Avila Camacho, comencé a sentir inseguro mi juicio sobre lo que pasaba en México. Creí necesario volver a ganar el sentido de las cosas e imaginé que, echándome un poco atrás, las podría ver y apreciar mejor. Mi primera intención fué estudiar la Revolución Mexicana desde sus comienzos con Flores Magón y Madero; pronto me convencí de que era necesario retroceder más, hasta el régimen de Díaz, pues lo que estábamos presenciando entonces los mexicanos debía tener algún parecido a cosas anteriores a la Revolución. Caí en la idea, en suma, de que para entender la Historia contemporánea de México, era menester estudiar la moderna.

Aquello me sonaba a algo ya sabido, a algo que ya había escuchado, quizás de labios del propio don Daniel, pues el pobrecillo fué profesor de la Uni-

versidad durante veinticinco años continuos, y todos los estudiantes lo hemos oído alguna vez. Por eso, agotada mi inspección de los libros, ahora lo observo a él, casi sin oírlo. Don Daniel es un hombre alto, que se encorva aun si está sentado; no puede decirse siquiera que sea bien parecido; antes bien, se carga del lado de lo feo: francamente asimétrico, la nariz divide la cara en dos planos desiguales, las dos orejas no se insertan a la misma altura y cada ojo despidе luz en dirección y con intensidad diversas. Su voz es extraña, un poco gangosa, y en la conversación la modula en un tono tan bajo que a veces cuesta trabajo percibirla distintamente. Algo incorporé lo salva, sin embargo; sus ademanes son distinguidos, pero varoniles; se expresa con vivacidad y lucidez; rara vez lo abandona la ironía o su contraparte, el arrebatado.

—¿Y qué ha sacado usted en limpio de todo eso? —le pregunté, por decir algo.

—Muchas cosas de interés: una, que el mexicano ha escrito más sobre la Historia de su país que sobre ninguno otro asunto; otra, que el mexicano, no en balde es supremamente inteligente, le gusta más inventar la Historia que estudiarla; luego, que contra lo que todo el mundo cree, México fué un país de vida política ejemplar durante la República restaurada: existía la libertad y el hombre la usaba, existía la democracia y las elecciones, grandes gobernantes, enormes parlamentarios, estupendos periodistas; en suma; un México pujante, vigoroso, lleno de promesas.

—Y Porfirio Díaz, ¿qué papel representaba en ese cuadro?

Don Daniel se había exaltado un poco; al concluir la parrafada, como para calmarse, saca un cigarrillo y me lo ofrece; en seguida un whisky, encerrado en una botella extrañísima, pero que sabe a gloria. (Por lo visto, Cosío es partidario de las cosas auténticas si son un poco extravagantes.)

—Para ello —me dice con lentitud, casi sentenciosamente— lea usted mi libro; con ese objeto lo he escrito, para contarle a la gente qué hacía y cómo era, no el Porfirio Díaz anciano, cuajado de medallas, monarca indiscutible, sino el Porfirio Díaz mozo, cuando se abría el camino que mucho después lo llevó a la consagración.

Al rato me tendió la mano, y abriendo brecha, me llevó hasta la verja:

—Y no se olvide de la campaña para la próxima vez —me dijo al cerrar con trabajo el grueso candado. La noche había caído ya; sin embargo, contra la última luz del Occidente, se levantaba la masa corpulenta de los cedros rojos.